

R F-C/LET



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700392519

X

DISCURSOS

LEIDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA

PARA LA RECEPCION PÚBLICA

DEL ACADÉMICO ELECTO

D. JOSÉ DE LETAMENDI

EL DÍA 5 DE FEBRERO DE 1888

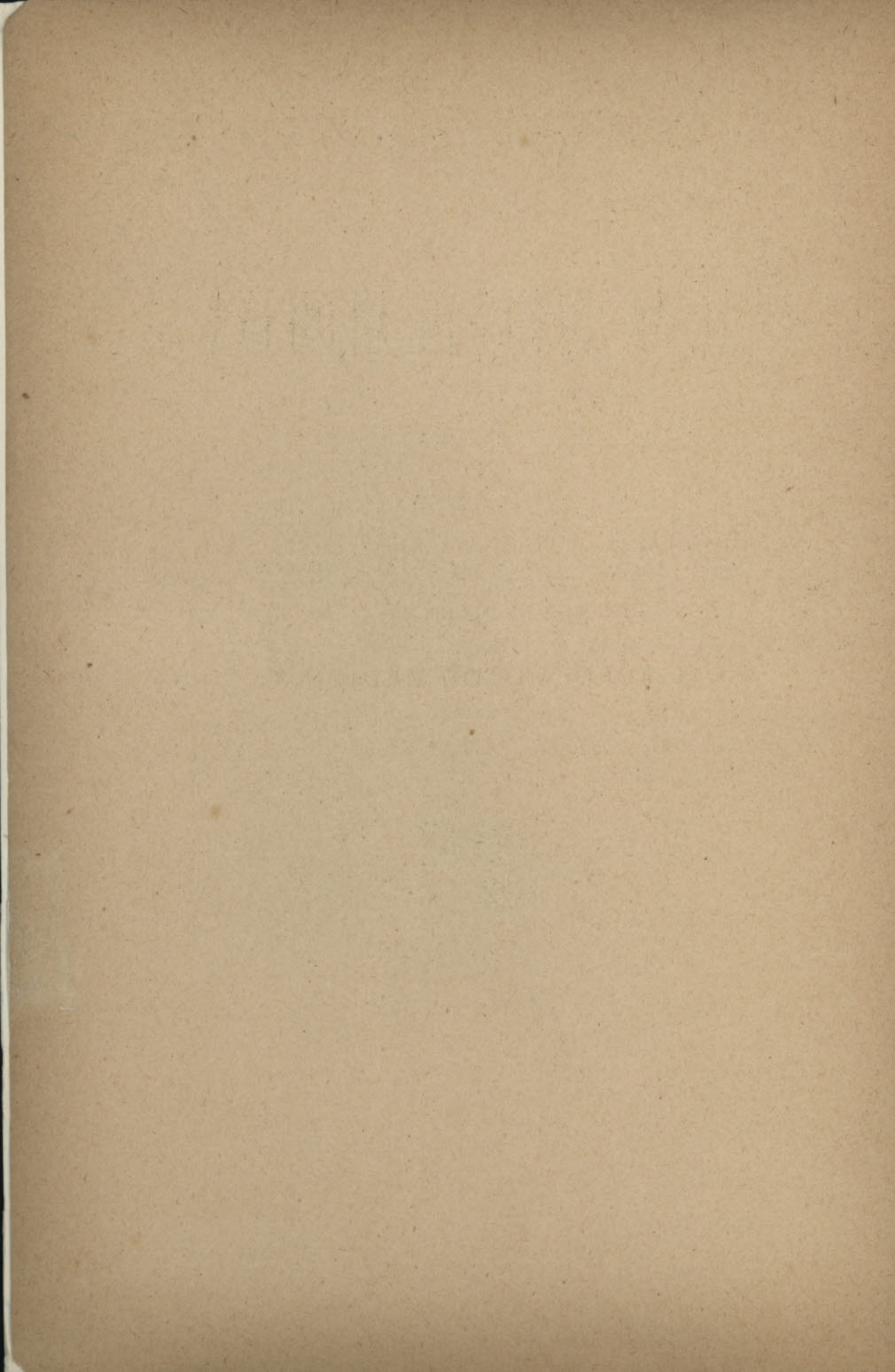


MADRID — 1888

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO
Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

Teléfono 552







CONCEPTO SOCIAL DE LA DIVISION DEL TRABAJO EN MEDICINA

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ DE LETAMENDI

SEÑORES :

Tristísima condicion de ingreso en estos venerandos Cuerpos es tener que relacionar el propio regocijo con la muerte del predecesor; y si algo infunde resignacion, ya que no consuelo, á mi ánimo, al parar mientes en esta dolorosa circunstancia, al recordar á vuestro sabio y probo y laborioso consocio Dr. D. José Birotteau, cuyos simbólicos despojos vengo por bondad vuestra á heredar, mas cuyo mérito no llegaré nunca á suplir; si algo, digo, me presta serenidad ante este acerbo contraste es, ciertamente, la consideracion de que yo tambien, á mi vez, y en plazo que ya no puede ser muy dilatado, habré de abandonaros para siempre, cediendo el puesto á otro que, por sólo ser otro, aventajará mis merecimientos, dejándoos cumplidamente compensados.

No extrañeis, pues, mi falta de expansion en esta hora en que tanto honor alcanzo. Por lo mismo que me contemplo feliz, no puedo estar alegre; que no conozco ni tampoco vosotros conoceis mortal alguno que, teniendo conciencia y corazon, no suspire de vez en cuando en medio de las más inefables dichas; por ser transitorias todas, y haber de labrarse la de unos con duelo de otros.

Por donde toda mundana felicidad resulta mate de alegría, porque el propio corazon le empaña el brillo con el hálito de mística tristeza. Quédense las puras alegrías para niños y pájaros, y aún á ratos, pues para mí tengo que la verdadera sólo deben de sentirla los ángeles y los bienaventurados.

Que entre ellos tenga Dios el alma de aquel ilustre socio que me precedió en el honor de ser vuestro compañero, y de cuyo sitial vengo á tomar posesion con ánimo tanto ménos regocijado cuanto más hondamente agradecido.

Y ahora, cumplido este deber del sentimiento, voy á llenar aquel otro que á la inteligencia imponen, para la toma de posesion, vuestros Estatutos: el de disertar acerca de algun asunto de los que incumben á la Seccion á que vengo destinado. Ignoro si habré tenido la dicha de acertar con vuestros gustos en la adopcion del tema, pues en estos casos de libre opcion suele acontecer que el mismo exceso de libertad embarga el albedrío, porque aumenta la responsabilidad del buen deseo, y tal me ha pasado á mí al determinar el argumento de este Discurso. Sin embargo, como quiera que la imaginacion no gusta de apremios, y hay que hacerle, por tanto, los encargos cual se hacen á los artistas, para cuando le plazca cumplirlos, dejéla que allá á sus anchas ella lo buscara, sin más de advertirle que el asunto debía á un tiempo ser levantado y útil; lo primero por la índole de la Seccion, lo segundo por la mision práctica de la Academia.

Varios fueron los proyectos que la artista, que no la loca, de la casa me sugirió, y entre ellos juzgué como de supremo y más urgente interés el que se propone fijar de una vez para siempre el CONCEPTO SOCIAL DE LA DIVISION DEL TRABAJO EN MEDICINA, tema cuya elucidacion es tanto más necesaria cuanto que la necesidad á que ocurre, con ser actual, real y apremiante, si es sentida como malestar, no es conocida en su causa por aquellos mismos cuyo espíritu atormenta; de suerte que este mi Discurso habeis de considerarle como pedazo de pan ó vaso de agua con que me ayudais á socorrer á quien, muriendo de hambre, ignora que su mal es hambre, ó á quien, abrasándose de sed, desconoce que es sed lo que le abrasa.

Si, pues, dije, «me ayudais», ahora os pido que, en efecto, me ayudeis, porque necesitándose de una grande autoridad, que yo no gozo, para dar consejos al mundo, deseo aprovechar para ello estos instantes en que, por la solemnidad del acto, la variada

competencia del concurso y la altura verdaderamente episcopal, ó de atalaya, en que esta Academia reside, como vigía que es de las ideas y norma de las costumbres médicas, puedo hablar *urbi et orbi* desde este sitio, aunque sólo fiado en que vuestra aprobación y vuestro concurso serán decisivos, si es que alcanzo la dicha, no sólo de convenceros, sino tambien de persuadiros.

Dignaos, pues, prestarme atención, á fin de completar con vuestra sagacidad lo que á mí me falte de maestría en expresarme.

De la DIVISION DEL TRABAJO EN MEDICINA os anuncié que iba á discurrir, y no sencilla y únicamente de las *Especialidades*; por cuanto éstas, como parcelas del total campo del Arte, no constituyen la única forma de lote que en la repartición de la tarea profesional puede darse, toda vez que, en un reparto bien entendido, caben de hecho y de derecho, al lado de los cultivadores de lo especial los de lo general, ya que en todo taller, en toda oficina, en todo organismo, en fin, natural ó social, hallamos órganos ó funcionarios encargados de tareas más ó menos comprensivas y extensas, desde la general que á todas las demas abarca hasta aquellas que representan sus últimas diferencias. En nuestro cuerpo, desde la médula al músculo; en la fábrica, desde el ingeniero al operario; en la mar, desde el piloto al marinero; donde quiera que fijeis vuestra mirada allí vereis que la esencia, la clave, el criterio de la division del trabajo está, no en el desmenuzamiento de la tarea y su contenido, sino en el categórico y enlazado repartimiento de éste. Más breve: la division del trabajo se funda en un *principio orgánico ó sintético*, no en un *principio material ó dialítico*. Y no acaba todo ahí. Este principio orgánico es el único á cuyo amparo la perfección material, es decir, lo que en la division de oficios se busca, puede ser obtenida; precisamente porque, merced á su virtud, cada última diferencia tiene su género próximo que la mantiene subordinada y bien dirigida á la final conspiración del todo. De lo contrario, si el principio de la division del trabajo fuese material y dispersivo, dejando en independencia las particulares actividades, ¿qué sería de la moderna fabricacion? ¿Qué de esas milenarias industrias de la China, maestra y decana del orbe culto en punto á division del

trabajo? Si en ellas cada cual entendiera solamente de un parcial detalle, ¿quién acertaría á proveerle de material? ¿Quién á comunicarle los modelos? ¿Quién á vigilar la perfeccion del producto? ¿Quién, en fin, á concertar el conjunto artefacto, dándole por acabado y presto á la venta y uso?

Pues de esta mala manera, por amargo que sea el decirlo y condenarlo, se entiende, hoy por hoy, la division del trabajo médico profesional, precisamente en aquellas naciones que, así en bien como en mal, imponen su estilo á las otras para toda cosa. Y lo más grave aún es, segun ántes dije, que no existiendo actualmente un solo médico de recta conciencia que no experimente por esta causa un hondo malestar, pocos, poquísimos dan muestras de referir su malestar á esta causa; tanto, que la inmensa mayoría — y en esto por gran suerte la sensatez tradicional de los médicos españoles conserva entre nosotros por regla la excepcion — tiene verdadero horror á todo cuanto se refiera á cultivar el pensamiento y á enderezar la conducta con subordinacion á ningun principio elevado, comprensivo y fecundo. Hechos, cosas, noticias sueltas, fármacos nuevos, procedimientos flamantes, últimos enseres de percibir ó de operar, despedazamiento irrazonable del cuerpo humano, para ir haciendo más menudas y al par de más menudas, más industriales las especialidades, con grave riesgo técnico y moral del Arte, hé aquí el afan de hoy; sin reparar que nuestro cuerpo es tan inconsútil como la túnica del Salvador, y que, por lo mismo, quien de la continuidad orgánica arranca un jiron creyendo llevar consigo una parte, logra tan sólo destrozarse el todo y llevar consigo un error. Ello es cierto que si la aplicacion del *principio material*, ó dispersivo, á la division del trabajo en una fábrica de dijes y bagatelas había de resultar absurda y ruinosa, imaginad cuán funesto no ha de ser dicho principio aplicado á la Medicina. ¡Ah! Si todos los casos clínicos extranjeros recayeran en príncipes, ¡cuántos especialistas que hoy parecen imponentes eminencias resultarían peligrosas oquedades! Y en cambio, si la division del trabajo médico obedeciese al *principio orgánico* que años há sostengo y propago, ¡cuánto más maravillosa no resultaría la utilidad de las incontables conquistas materiales que el Arte ha realizado en el corriente siglo!

Y lo más grave aún, en punto á Medicina, es que en ésta — al par que en todas las profesiones antropológicas — tampoco bastaría con que la division del trabajo tuviese una organizacion jerárquica exterior, como la que, segun hemos visto, reclaman las industrias. De ello la razon es obvia. La unidad individual humana no consiente ninguna labor médica particularizada en absoluto, puesto que en el concepto de las enfermedades, de su origen, de su trascendencia y de su tratamiento debe tenerse constantemente la mira puesta en el conjunto. Por manera que en Medicina cada obrero debe ser, ademas de obrero, capataz é ingeniero-jefe de sí mismo (que por algo más que vana ostencion usamos insignias y gozamos señoría); resultando de ello que entre nosotros la division de la actividad ha de obedecer á dos diversos órdenes de efectividad del principio orgánico, á saber: un orden categórico real y externo, como el que preside á los demas oficios, y otro orden categórico virtual é interno, peculiar de las profesiones antropotécnicas, y que se debe cumplir en la mente del práctico, cuando él mismo, relacionando lo parcial con lo total, lo topográfico con lo individual, rectifica ó sanciona, en tanto que médico *in genere*, su propia conducta como médico especialista.

Reflexionad, por tanto, señores, cuán grave es la diferencia que separa las especialidades antropotécnicas de todas las demas conocidas, y ved cómo esta diferencia nos conduce á las siguientes antitéticas proposiciones:

1.^a Para la perfeccion del obrero no obsta la ignorancia absoluta del conjunto á que pertenece el particular detalle que elabora.

2.^a La perfeccion del especialista está en razon directa del conocimiento del conjunto á que pertenece el particular órgano que estudia y trata.

Y hé aquí legitimada la aparente inclemencia de la definicion que ya en 1878 dí, como la unica verdadera, de la especialidad en nuestro Arte, y que á la letra dice: «Especialidad médica es la aplicacion de toda la Medicina á un orden particular de su práctica»; definicion que, á pesar de lo dificultoso de los tiempos, ha sido adoptada por varios escritores y por ninguno combatida.

Ahora bien; por faltarle esta condicion al especialismo contemporáneo, tal y como se presenta en los grandes centros de su noviciado, no da la division del trabajo profesional, ni con mucho, los beneficios que debiera dar. No los da, porque no puede; y no puede, porque no existe una doctrina fundamental reconocida y acatada por todos como nexo comun de las inteligencias, como criterio uniforme de aplicacion de la total ciencia á un órden particular de casos prácticos, como norma de reduccion de lo parcial á lo individual, como garantía, en fin, del Arte donde-cuando-y como quiera que sea éste aplicado.

Y si por acaso alguien pusiere en duda la exactitud de esta mi afirmacion, vea por sí mismo el estado de la opinion pública en asuntos de Medicina, y si no pudiere consultarla por modo directo, contéplela en el claro espejo que le ofrece la cuarta plana de los diarios, la incesante circulacion postal de prospectos terapéuticos y hasta las cubiertas y contracubiertas de los mismos periódicos de Medicina, y mida el vuelo cada día más alarmante de la intrusion apoderada de empalagoso y repugnante tecnicismo.

Y no se diga que esa enormidad de oferta no arguye proporcion con la demanda, pues quien tal dijere revelaría con su dicho el más absoluto desconocimiento de las leyes económicas. En el mundo un exceso de oferta es sólo momentáneo. De Enero á Enero no puede haber de más ni un panadero, porque ó muere éste de hambre, á pesar de su buena traza, ó abandona el oficio. Por tantò, de la enormidad de la oferta del actual charlatanismo se deduce la enormidad del actual consumo, ó sea la del sin fin de gentes y casos que eluden el diagnóstico y tratamiento médicos. Y lo más peregrino es que, al compás de esa especie de bazar de ropas hechas de la intrusion terapéutica, va tomando creces aquello otro que llamaré prostitucion clandestina del medicamento, fenómeno en el cual, al parecer, nadie repara, y que el libertinaje del espíritu fomenta; suerte de aplicacion del libre pensamiento al suicidio, y que consiste en tener cada cual para su privado uso una cajita de medicamentos, más ó menos heroicos si verdaderos, más ó menos verdaderos si heroicos, con indicacion de registros á modo de organillo clínico, á fin de que el interesado pueda ejecutar la cura que necesite y hasta ejecutarse á

sí mismo sin auxilio de verdugo... Todo se concibe, señores; todo lo esperareis de los adelantamientos modernos; de toda cosa concebireis que por los novísimos procederes se abarate y simplifique y ponga á la *portée des gens du monde*, como se dice en la clásica lengua del bien y del mal; empero nadie de vosotros creará posible que el temeroso problema clínico pueda ser reducido á estos sencillos términos: «Si sientes A, es que padeces B y debes, en consecuencia, tomar H ó X.» Y eso, ¡en qué época! En el período más difícil de cuantos la misma Medicina ha atravesado respecto al concepto de los hechos más fundamentales y al consiguiente valor de sus términos primeros.

No insisto más en este orden de reflexiones, dejando á vuestra penetracion todo cuanto por muy respetables miramientos callo.

Y con lo dicho, podreis, señores, ver con cuánta razon mi tema dice «Concepto social» y no «profesional», ó «médico», ó «científico». «Social» dije, porque en cosas de Medicina no basta el juicio médico para que el bien ó el mal se realicen, sino que ademas es menester que ese juicio sea admitido y sancionado por la opinion pública; y de ahí que aún en el supuesto de que todos los médicos opináramos como es debido en punto á division del trabajo profesional, aún entónces estaríamos obligados á valernos de la propaganda de las buenas ideas, á fin de enderezar el juicio de los legos, atrayéndoles á mejores costumbres. Mas, como respecto de tan capital asunto suelen coincidir en los mismos errores unos y otros, acéptese este Discurso como un acto desinteresado de propaganda comun (acto tanto más heroico cuanto ménos simpático), y como necesario esfuerzo para demostrar que no hay en el mundo cosa más práctica y útil que la esmerada policia del pensamiento.

Examinemos, pues, el contenido del corriente y general pensar acerca del asunto en que me ocupo.

Este contenido se resuelve en dos gravísimos errores: uno histórico y otro profesional. El primero consiste en creer que las especialidades médicas son creaciones del progreso moderno: el

segundo, derivacion del primero, está en opinar que el especialismo es el único definitivo estado profesional del médico.

Estos son los dos errores que hoy suelen pasar por indiscutibles verdades, merced, no á la forma de su enunciado, que ciertamente nada tiene de paradoxal, sino á que las actuales gentes, á fuerza de recibir sorpresas, han concluido por suprimir las aduanas del entendimiento, y todo lo reciben y dan sin póliza de registro.

Por lo que dice al error histórico, en la misma Historia hallaremos su correctivo.

Tan antiguas como la variedad de padecimientos, son en el mundo las especialidades clínicas; y tan viejos como la idea de unidad orgánica del paciente, son en la razon humana la unidad teórica de la doctrina médica y el consiguiente ejercicio general del Arte por determinados individuos dotados de poderoso y comprensivo espíritu.

De especialidades se escribía en Egipto veintisiete años ántes de que naciera Moisés, y por tanto, cien años ántes del *exodo* ó liberacion de Israel; siendo tan celebrados, de tiempo inmemorial, los especialistas egipcios, que con frecuencia eran consultados por reyes y príncipes de otros Estados en males de la vista, del oido, de la piel, del corazon, de la cabeza, de la dentadura, del aparato uropoyético, de causa parasitaria, de la infancia y otras.

Y por lo que á la India toca, tan prolijos cultivadores de especialidades fueron sus médicos, que, desde remotísima antigüedad, ya sus oculistas distinguían 76 diversas afecciones de la vista, y sus rinólogos 31 variedades de dolencias nasales ú olfativas.

Si extendemos el área de estudio histórico, nos encontramos con que en todo lugar habitado se presenta, envuelto en los místicos crespones de la tradicion general, el diseño bien determinado de la especializacion del trabajo médico, aunque no sea más que en lo relativo á algunos órganos de grande importancia funcional, y al embarazo y alumbramiento, la Pediatria y la Cirugía de campaña.

Y por lo que á teoría, á doctrina médica, como principio común del especialismo y materia y fin de la profesion general del Arte se refiere, basta leer atentamente el libro I de *Sus'rutas Ayurvédas* (ciencia de la vida ó sistema de Medicina escrito por *Susruta*, bajo la inspiracion de *Dhanwantari*, «Dios de médicos y médico de Dioses»), intitulado secamente *Libro de los Principios (Sústrast'hana)*, para convencernos de que en la antigua India existían en todo su esplendor un sistema general y completo de doctrina médica, precedido de sus *Primeros principios*, y las especialidades profesionales. Y tan clara idea se tenía entónces de la Pantiatria, ó profesion total del Arte, como puede colegirse de esta profunda y genial sentencia del mismo *Susruta*: «Sólo la union de la Medicina y la Cirugía forma 'el perfecto y completo médico; aquel á quien falta el conocimiento de una de estas dos ramas, semeja á un pájaro que tiene cortada un ala.»

De Egipto no queda en verdad un solo papyro propiamente doctrinal ó teórico, auténtico y completo, como lo es en el órden clínico el descubierto por Ebers; mas, en cambio, sobran indicios de que entre los llamados *libros herméticos* ó enciclopedia del saber sacerdotal, de cuya coleccion el rollo de Ebers se cree que formó parte, no faltaba el análogo del *Sústrast'hana* de los indios.

Mas, séase de ello lo que se fuere, no hay para qué reducir nuestra investigacion á la India y el Egipto; dilatemos la mirada por todos aquellos pueblos de la Tierra acerca de cuya Medicina se tienen noticias concretas; fijemos nuestra atencion sucesivamente en los persas, caldeos primitivos, babilonios, asirios, medas, sirios, fenicios, cartagineses, chinos, japoneses, escitas, mogoles, centro-asiáticos, calmuco, tibetanos, birmanos, javaneses, siameses, borneos, sumatros, celebes, molucos, turcos, árabes, abisinios, negros, hotentotes, celtas, escandinavos, antiguos prusianos, eslavos, samoyedos, esquimales, indios norte-americanos, aztecas ó mejicanos, caribes, floridanos y peruanos ó incas, y hallaremos que todos, absolutamente todos esos pueblos, nos presentan al lado de su especialismo médico, su teoría general de la enfermedad.

Y á poco que se reflexione, señores, se cae en la cuenta de

que esto es lo natural; ¡pues no faltaba más sino que no resultara natural lo histórico! ¿Qué es la Historia sino rico y variado tapiz, de representaciones al parecer labradas cada una en su lugar, dejando oculta la razón suficiente de su providencial enlace? ¡Menguado historiador aquel que, pagado de la vistosa superficie, no mira á la escondida trama que por el envés relaciona los hechos más distantes y diferentes!

De hombres libres, no nada forzados; de hombres movidos de su propia vocación, se han hecho en todo tiempo los curadores de la salud ajena, desde el prehistórico curandero (no charlatan, pues media entre ambos conceptos un abismo), hasta el actual doctor, y desde éste al curandero de nuestros pueblos y ciudades.

Y no se extrañe que tan sin aprensión empareje estas dos entidades, pues su mutua relación natural é histórica es mucho más íntima de lo que á primera vista parece. Sucesores, ya que no descendientes, somos los actuales médicos, y por línea directa, aunque no recta, de aquellos legendarios curanderos á cuya memoria y culto la antigüedad agradecida erigió altares, y que hubieron por nombres Osiris, Isis, Horus, Imhotp, Bubastis, Apis, Ibis, Thot, Cheiron (Quiron), Prometeo, Eleutho, Agamede, Podaliro, Orfeo, Cefalo, Macaon, Poion, Melanion, Padalon, Diana, Asklepios (Esculapio), Aristeo, Circe, Medea, Hecate, Sydik, Toxaris, Daksai, Duti-ka-taburani (expreso para las viruelas), los mellizos Aswins, Lucina, Hoang-Tí, Dhanvantari, Ainiana, Thríta, Esmun, Iatar, Baaltis, Fottei, Abutlo, Ixtitlon, Izapotleman, Tetzcatlipoca, Teopxqui y mil otros (pues los aquí mencionados pertenecen tan sólo á Egipto, India, Persia, Fenicia, China, Japon y Méjico). Y todavía junto á nosotros, y luchando por la existencia, como hoy se dice, vive recogiendo nuestros desechos el curandero vergonzante; rama menor y abyecta de aquella estirpe deificada por la tradición y la leyenda.

Tal abolengo, ni honra ni deshonra, se impone como un hecho.

Del turbio vaho de los pueblos se forma el cristalino rocío de la Ciencia, y no hay para qué los susceptibles pétalos de

nuestra vanidad rehusen apagar su sed en el llanto de la aurora, sólo porque no recibió ésta directamente del cielo los vapores de que sus lágrimas proceden.

Yo no sé de ninguna ciencia humana que haya sido mecida en aristocrática cuna, ni sé tampoco de ninguna humana aristocracia que lo sea de origen. No desdeñemos, pues, al curandero como objeto de estudio.

Pues bien; ¿qué observamos entre esos curadores oficiosos de la salud ajena, en lo que á la division del trabajo se refiere? Lo que vemos, así en los legendarios, como en los actuales, es lo mismo que hallamos entre los médicos verdaderos; unos, los más, que asistidos de aptitud y vocacion analítica y particularizada, aman lo especial, lo parcial y reducido, buscando en ello su pericia y su crédito; otros, los ménos, que dotados de aptitud y vocacion sintéticas, refractarios á todo lo parcial é incompleto, que no ven nada donde no ven un todo, quieren y pueden, en su esfera de accion, llevar de frente en toda su amplitud el conocimiento y el cultivo del Arte al servicio de una idea fundamental, que sea norma comun á todos los casos; y otros, en fin, no pocos, que colocados por naturaleza entre los analíticos y los sintéticos, los miopes y los présbitas de entendimiento, realizan todas las imaginables gradaciones, de que ántes hablé, entre uno y otro extremo. Y así, en el conjunto de curanderos de todo tiempo, lugar y grado de cultura, haylos de gran fama y crédito para enfermedades de ojos, y sólo de ojos; para reducir luxaciones y sólo luxaciones; para entender de cánceres y sólo de cánceres; para cerrar fístulas y sólo fístulas; para redimir de esterilidad y sólo esterilidad; como asimismo los hay de grande y extendido predicamento para curar de todo mal, bien por artes sugestivas, bien por panaceas materiales, bien por místicos procedimientos. Y hasta en elevados empíreos lugares, así en el Olimpo de las paganas imaginaciones, como en el Cielo de las cristianas realidades, se ofrece al exáman del atento y sereno pensador, que acierta á contemplarlos como espejo trascendental de virtudes y méritos ejercitados en vida, multitud de místicos seres cuya intercesion ó gracia mediatrix se invoca, no indistinta é indiferentemente, sino á título, bien de especial y áun especia-

lísimo en unos, bien de general y aún generalísimo en otros, contra los males y azares, las tribulaciones y adversidades de este mundo.

Y, si bien lo meditaís, hasta ese aspecto de la division de cuidados, en el ejercicio de la gracia en el seno mismo del verdadero Dios, resulta naturalismo; pues siendo esencialmente humanos, no revelados, los motivos de la sacerdotal iniciativa para la beatificación de aquellas almas excelentes por los méritos que acreditaron en vida, humanos, asimismo, deben de ser los motivos de su invocacion en nuestra ayuda.

Cuanto á la proporcion en que se dan las aptitudes, importa mucho, muchísimo, fijarse en el hecho de experiencia de que las madres engendran en muy reducida proporcion hijos dotados de aptitud episintética, ó muy amplia y comprensiva; hecho por punto general conforme con las necesidades racionales y prácticas de la especie humana. Porque en verdad resultaría tribulacion, no providencia, el que, siendo tantas y tantas las partes de que cualquier todo se compone, hubiera Dios permitido salieran del vientre de las madres muchos más agrónomos que labriegos, mucho más arquitectos que picapedreros, muchos más ingenieros que zapadores, muchos más fabricantes que operarios, muchos más pilotos que marineros, muchos más generales que soldados. Ved ahí, pues, señores, por qué razon de necesidad providencial, y así en lo prehistórico é histórico como en lo actual, así en Egipto como en Persia, en China como en Francia, entre *yankees* como entre *pieles rojas*, y hasta así en el Olimpo como en la Gloria, no sólo hallamos dos tipos fundamentales de curadores de la salud, los especialistas que llamaré *meriatras*, por serlo de lo parcial, y los generales que denominaré *pantiatras*, por serlo del conjunto individuo, sino que doquier resultan aquéllos mucho más numerosos que éstos.

Mas, á despecho de estas fuertes razones, no faltará quien replique: «Bien; convenido: tan antiguos y de todo lugar son los *meriatras* como los *pantiatras*; mas con ser pocos éstos en el órden natural, aún están de sobra, y mejor fuera para la sociedad que emplearan su poderoso entendimiento en el cultivo de tales ó cuales especialidades; porque ¿de qué sirven en nuestra profe-

sion los espíritus episintéticos? Siendo el ejercicio de la Medicina, como es, una tarea personal, ¿á qué esos generalísimos? ¿Qué batalla han de ganar, ni qué nave dirigir, ni qué edificio proyectar, ni qué vigilancia ejercer, ni qué labor distribuir?

Y hénos aquí conducidos por la voz misma de la opinion contemporánea á la consideracion de su segundo error, ó sea, de la creencia de que el cultivo general de la facultad constituye un estado médico-civil imperfecto, una especie de celibato profesional, y que, en consecuencia, el único y definitivo estado del médico es el especialismo.

En la crítica de este segundo error, especialmente profesional, voy á comenzar por dejar sorprendido á mi anónimo adversario, pues lo primerísimo que debo decirle es, que léjos, muy léjos de constituir los pocos pantiatras espontáneos, ó nativos, un residuo sin aplicacion profesional, ántes al contrario, el formidable problema que perpetuamente tendrá que estar resolviendo la Instruccion, pública ó privada, oficial ó libre, consiste en preparar para la profesion médica general el número necesario de individuos, precisamente porque lo exiguo de los que Naturaleza da no alcanza ni á un 5 por 100 de los que se necesitan. Si llego en esto al extremo de fijar números, es porque treinta y tres años de ejercicio de la enseñanza pública me han enseñado á mí que de cada cien alumnos, no salen, unos años con otros, más allá de uno ó dos de inteligencia sinóptica, episintética, superior, valiente, en fin, para acometer, con aquel natural dejo y buen acierto que acompaña al verdadero poder, tamaña empresa.

Vea, pues, el siglo, mi impersonal adversario, si hay forma de arrancarme de la voluntad un solo pantiatra de aptitud nativa, para convertirmele, despues de todo, en un forzado especialista. Sueños son éstos de una época que día tras día va humillando el vuelo del pensamiento, y que, á poco más que le humille, acabará por no ver sino aquello que se palpa.

Mas, no importa, porque precisamente se palpa aquello que voy á decir.

Palpable es el hecho de que un cuerpo completo de especia-

listas sólo en una gran capital puede reunirse y mantenerse, y que en las ciudades secundarias el personal de meriattras, sobre ser incompleto, vive más del noble entusiasmo que del positivo lucro.

Palpable es el hecho de que los pueblos ó partidos médicos, los buques, los cuarteles, los ejércitos en campaña, los colegios, las comunidades de todo linaje, los centros industriales apartados de poblacion, las Asociaciones de auxilio y socorro mutuos, los suburbios de las mismas capitales y cien otras especies y formas de colectividades, ya fijas, ya movibles, no han podido, ni pueden ni podrán en lo porvenir obtener, siquiera para ocurrir al primer período de una afeccion dada, los consejos y cuidados del respectivo especialista.

Y palpable, asimismo, es el hecho, raíz y fundamento de todos los anteriores, de que la familia, esa unidad elemental de las humanas sociedades, necesitará, mientras subsista como entidad y unidad genéticas, los consejos de un médico que, identificado con ella, conocedor de la relacion histórica y del coeficiente orgánico de cada uno de sus individuos, depositario de todas aquellas íntimas confidencias en que se oculta la clave de muchos, cuando no de todos los padecimientos y de las consiguientes limitaciones de la indicacion higiénica ó terapéutica, y dotado, en fin, de aquella permanente plenipotencia y aquel incomparable prestigio que sobre la voluntad y la imaginacion llega á ejercer el médico que acierta á serlo, no del cuerpo sólo, sino de todo su cliente, pueda serle útil cuando ménos para todos aquellos servicios que perpetuamente, y por más que las especialidades progresen, le harán necesario en buques, cuarteles, villorrios y cuantas entidades sociales dejo mencionadas. Porque nunca se repetirá en demasía que el médico de familia es el arquetipo del médico general, del *pantiatra* ordinario de una colectividad. Él ve la marcha de la salud de todos; él prevé aquellos males que sólo al facultativo es dado prever; él advierte con oportunidad la importancia de lo que parece cosa baladí, ó asegura lo baladí de aquello otro que pudo causar infundada alarma; él adoctrina á las gentes sujetas á su consejo, anticipándoles verdades que la propia experiencia no sabe enseñar sino á costa de lágrimas; él reconoce y califica las afecciones en su principio, y nadie mejor

ni más autorizado y competente que él para determinar si el caso requiere llamamiento expreso de un médico especialista, y mediar en la entrega, ó, si de apartado lugar conduce á su cliente á la capital en busca de buen consejo, ser, de vuelta al pueblo, un puntual y discreto ejecutor del plan indicado por el especial facultativo, amén de muy buenas cosas que á las veces acierte á comunicar á éste para la clínica ilustracion del caso concreto, y que no están ni pueden estar escritas en ningun libro; él, por último, es quien representa lo *permanente* de los intereses sanitarios de la familia y establece el único nexo racional y práctico entre meriattras de diferente ramo en aquellos casos, no raros ciertamente, en que dos ó más especies de afeccion, ó dos ó más diversos órganos afectos por una misma causa, reclaman la simultánea asistencia de distintos especialistas.

Desgraciadamente, el clásico tipo del médico de la casa va desapareciendo por ese mismo errado pensar que en este Discurso deploro y combato. Pues qué, áun admitiendo *arguendi gratia* que las especialidades constituyen una novísima creacion del progreso moderno — y ved, despues de lo dicho, si eso es conceder — áun en este supuesto, ¿habría motivo racional para suprimir esa secular institucion, esencialmente buena, del médico de la familia? ¿En qué libros aprenden Historia las gentes que así creen en la obligada desaparicion de lo bueno, por viejo, ante la aparicion de lo nuevo, por bueno que sea? ¿Acaso por la invencion del coche se abandonó el andar á pié, ó por la del tren de vapor el ir en coche, ó por la del telégrafo el correo, ni por la del correo el mandadero? ¿No vemos todos en lo más primitivo y fundamental del humano progreso, el habla y la escritura, coexistir todavía hoy la interjeccion, el tono y el gesto como parte integrante, y á las veces la más espiritual y decisiva del discurso, y asimismo con el formal «pagaré», avalado por respetables firmas, coexistir aquella modesta y primitiva *tarja*, primer conato de documento fiduciario, y no así como quiera entre parroquianos y dueños de tabernas, abacerías ó tahonas, sino en las más encopetadas casas de Banca del mismo Lóndres, y del propio modo y á despecho de los pergaminos de nobleza, subsistir el originario simbólico jeroglífico, sirviendo de expresion heráldi-

ca á condes, duques, reyes, templos y ciudades? ¿No es de lamentar que un siglo como el nuestro venga á caer en tan estrechas y mezquinas preocupaciones? Si al pasado no le debemos más que reprobacion y menosprecio, ¿qué fundamento racional tienen las lágrimas que el hijo vierte sobre la tumba de su padre? ¿O es que nos aguarda una nueva era de perfeccion social, en la que la mayoría del hijo se anuncie y declare, matando éste á su progenitor y celebrando el parricidio?

No; si para ser tenido por liberal y amante del progreso hubiera yo de romper tan absoluta y torpemente con el pasado, abominando de aquella parte de herencia de los muertos que es hoy fuerza viva y condicion del bien, renunciaría á tan gratos dictados, temeroso de merecer de mi propia conciencia el de ingrato.

Veán, pues, padres y madres, lo que se hacen en punto á la tradicion del médico de familia, y al resolverlo tengan en cuenta que aquí no se trata de la alternativa entre suprimirle ó restablecerle en el mismo ser y estado que ántes gozaba. La célebre frase «*to be or not to be*», «ser ó no ser», que el gran Shakspeare puso en boca del melancólico Hamlet, cuadra muy bien á lo sentimental y teórico, mas no á lo práctico y útil, porque la realidad ofrece á toda cosa, no sólo dos términos, sino tres: *ser*, *no ser*, y *ser de tal ó cual manera*, y precisamente este tercer término es el que rige para la acumulacion y coexistencia de lo bueno antiguo con lo moderno bueno en la serie de los tiempos, merced á lo cual lo que se llama progreso tiene más de vegetacion que de andadura.

Discurriendo con este amplio criterio, se ve que entre conservar á la antigua el médico de familia y suprimirle, se ofrece como práctica solucion conservarle, modificándole dentro de su tradicional finalidad en relacion con las nuevas necesidades.

Ved, pues, señores, cuán errados van los que creen, de una parte, que las especialidades son invencion moderna, y de otra, que el especialismo es el único definitivo estado profesional del médico.

Ahora, combatidos y disipados ambos errores, puedo desahogadamente pasar de la parte crítica á la orgánica, de la derribante á la arquitectónica, de la aflictiva á la consoladora de este mi imperfecto pero bien intencionado Discurso.

Para ello, señores, nos bastará sujetar á un escrupuloso exámen lo que llamaré *residuos críticos* de la anterior discusion. O mi crítica es mala, ó de sus residuos debe surgir el *buen criterio social para la division del trabajo en Medicina*.

Estos residuos, hélos aquí:

- 1.º Siendo tan antiguas las especialidades, ¿por qué razon parecen modernas?
- 2.º Siendo tan escasa la proporcion de espíritus sintéticos, ¿cómo podrá la Medicina abastecer á la sociedad de los pantiatras necesarios al cuidado de las colectividades?
- 3.º ¿Qué funcion desempeñarán los pantiatras espontáneos en cuanto son capaces de alguna mision superior ó directriz?
- 4.º ¿Qué nexos ó enlaces mediarán de *meriatra* á *meriatra*, de *meriatra* á *pantiatra* y de *pantiatra* á *pantiatra*?
- 5.º ¿Qué funciones profesionales señala la evolucion histórica á los médicos de familia para el porvenir?

Respondiendo á la primera de estas cinco preguntas en que se resuelven todos los residuos de mi crítica, diré: que si las especialidades, teniendo una antigüedad realmente prehistórica, parecen modernas, es por dos causas, á saber: 1.ª, porque durante la Edad Media las antiguas se eclipsaron bajo la sombra del coloso de los pantiatras, Claudio Galeno; y 2.ª, porque, al reaparecer con el general renacimiento, comenzó á operarse en ellas una trasformacion interesantísima, sin ejemplo en la Historia, y que hoy está en el lleno de su cumplimiento.

Desde la aparicion del gran Vesalio, los médicos dados á lo externo, práctico y ejecutivo, y los propensos á lo oculto, teórico y discursivo, se fueron separando en dos grupos, ó sea en cirujanos y médicos puros; éstos, con más aptitud y gusto por lo discutible, tomaron como base la antigua doctrina, y se dedicaron al conocimiento de aquellos males que, por inaccesibles á la vista y

las manos, sólo se prestaban á diagnóstico y tratamiento discursivos, y aquéllos, los cirujanos, con más aptitud y gusto por lo positivo, diéronse al cuidado de las enfermedades de diagnóstico intuitivo y tratamiento manual. Y con esto quedó hendida la ciencia de Esculapio en dos grandes especialidades clásicas de primer orden, Medicina y Cirugía; separadas por un abismo, merced no tanto á la diversidad de los asuntos, cuanto al contraste de caracteres entre sus respectivos cultivadores.

A despecho, no obstante, de esta natural antipatía, y hasta profesional incomunicacion, y por lo mismo que un tal estado de divorcio era asaz violento para perpetuarse, sucedió que, andando el tiempo y poco á poco, los médicos, de su parte, empeñados en ver, merced á ingeniosos instrumentos, los males internos, no han parado hasta darles alcance terapéutico con las manos, trocando de este modo en cirugía gran parte de su oficio, mientras que, á su vez, los cirujanos, aficionándose á animar su práctica con el discurso fisiológico preparado por el progreso anatómico y nacido de la moderna experimentacion, han concluido por hacer más discretas y seguras, más racionales y artísticas y ménos artesanas sus manos. De todo lo cual resulta que, en cosa de tres siglos, la Medicina ha pasado sucesivamente, de Facultad única, á escindida de alto á bajo en dos, y de escindida en dos á reintegrada por íntima y definitiva compenetracion de sus artificiales mitades la Medicina y Cirugía; compenetracion realizada por el doble recíproco hecho de entrar los instrumentos de exámen y accion hasta lo íntimo del organismo, y salir, por decirlo así, la idea, la teoría fisiológica á flor de cutis, hasta intervenir los juicios clínicos que recaen en alteraciones de la mismísima epidermis. De suerte que hoy, si hasta dentro de un pulmon puede alojarse un instrumento, en cambio, hasta en el interior de un cabello puede alojarse una idea médica trascendental.

Logrado esto, ya la reparticion del cuerpo humano en parcelas ó lotes, para el mejor cultivo de las especialidades, tiene un nuevo fundamento, importantísimo, y es, que cada meriatra resulta médico-cirujano, ó sea *médico completo* en el área de su particular ocupacion; y no añadido «perfecto» por las razones que motivan este Discurso.